

JUGAR A VIVIR O VIVIR JUGANDO¹

Roberto Scerpella Robinson*

Si a alguno de los mejores hijos del Psicoanálisis se le puede reconocer por su creatividad, ese es Donald Winnicott. La originalidad de su pensamiento, la belleza de las imágenes con las que describe su clínica, la singularidad de su propuesta técnica, su humanidad, son expresiones de una mente que supo aprovechar lo mejor que el Psicoanálisis ofrece, a saber, el auténtico contacto con uno mismo para expresarse con autonomía y libertad. Todo lo opuesto a la repetición dogmática y asfixiante de otras posturas psicoanalíticas.

Una de las dimensiones en las que su creatividad se manifestó fue en la expresión poética de sus experiencias mentales. A los 65 años de edad, D. Winnicott escribió un breve pero intenso y elocuente poema al que tituló “El Árbol” y que a continuación transcribo:

El Árbol
Mi madre bajo el árbol llora,
llora,
llora

Así la conocí yo
Un día, tendido sobre sus rodillas
como hoy sobre el árbol muerto
Aprendí a hacerla sonreír
a detener sus lágrimas
a remover su culpa
a curar su muerte interior
Reanimarla me daba vida²

The Tree
Mother below is weeping,
weeping,
weeping
Thus I knew her
Once, stretched out on her lap
as now on dead tree
I learned to make her smile
to stem her tears
to undo her guilt
to cure her inward death
To enliven her was my living.

1 Trabajo presentado en el XXIII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D.W. Winnicott. Lima, Perú. Noviembre 2014.

2 Versión castellana de la traducción francesa de Marie Claire Durieux. 2000. En Bouhsira, J., Durieux. *Winnicott insólito*. 2005.

* Psicoanalista. Miembro titular con funciones Didácticas de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. <rrscerpella@hotmail.com>

Este poema —como he mencionado en otro artículo anterior a propósito del cuidado de una madre enferma (Scerpella, 2013)— le causó al autor “...mucho dolor. Creo que tenía espinas agudas. Nunca me había pasado y espero que no ocurra otra vez”. Esta experiencia poética-mental fue en extremo dolorosa para él. Creo que ilustra vivencialmente varios de sus ensayos clínicos destinados a dar cuenta del impacto que la depresión materna deja en la mente de un bebe. El Psicoanálisis es siempre auto-biográfico. ¡Cuánta razón tenía S. Freud al otorgar a los poetas un conocimiento fino y certero del alma humana, aún más preciso que el que la psicología puede ofrecer! Porque la expresión poética musicaliza las emociones humanas a través de los instrumentos del lenguaje y por eso constituyen testimonios, en este caso metaforizados, de experiencias ya vividas. Uno teme vivir lo que ya vivió. Para seguir usando conceptos winnicottianos, el miedo al derrumbe es el miedo a un derrumbe ya experimentado.

Ahora bien, colocándonos frente a las emociones que el poema contiene, es imposible no acordarse de lo que su autor llamó *agonías primitivas* (Winnicott, 1991) para poder describirlas. Agonías que siempre remiten a una muerte psíquica y que se expresan de diferentes maneras, sobre todo a través de fantasmas de rotura y caída.

Por tal motivo quisiera rescatar un concepto freudiano con objeto de ayudarme a entender experiencias y vivencias como las que el poema vehiculiza. A S. Freud se le cuestiona su falta de consideración al aporte que el vínculo temprano madre-bebe tiene en la constitución del psiquismo. A mi entender esta postura es algo injusta, sobre todo si consideramos los aportes teóricos de *Inhibición, Síntoma y Angustia* (Freud, 1926). En este texto Freud reformula su teoría de la angustia y ubica sus desarrollos en un contexto intersubjetivo y vincular, lo que constituirá la base conceptual de todos los desarrollos teóricos posteriores que sitúan como eje central el vínculo temprano para entender tanto el desarrollo sano como el desviado. S. Freud nos habla de una angustia primordial a la cual pueden ser remitidas todas las angustias que un niño experimenta en su evolución. Se refiere a la condición de desamparo que se puede observar en un niño cuando es separado de su madre. La primera angustia por la que transita el ser humano es el de perder el objeto, afirma Freud, dando un giro radical en su metapsicología. Esta situación, que incluso ha sido constatada fenomenológicamente, tiene un correlato mental al que he llamado *desolación* (Scerpella, 1987): una experiencia emocional constituida básicamente por vivencias de desesperanza e impotencia psíquica y que condicionan un estado de orfandad existencial.

Para mí la *desolación* es uno de los polos básicos que organiza al psiquismo. El otro es la fe, o para usar un concepto winnicottiano, la ilusión. La *desolación* es el correlato intrapsíquico de la experiencia de desamparo, mientras que la fe lo es de la experiencia de socorro y amparo. La madre, dentro de sus múltiples funciones, rescata al bebe de la vivencia de desesperanza-impotencia en la que inevitablemente caerá y, con este acto, le garantiza su crecimiento emocional y el amor a la vida.

Sostengo que la vivencia de *desolación* es la experiencia de frustración por excelencia y debe distinguirse radicalmente de la experiencia de soledad tal cual la describió M. Klein (1969). Pienso que no solo es inevitable sino que hasta es deseable que ocurra como garantía de un desarrollo integrado. Aquellos ambientes que se esmeran por evitar todo sufrimiento a su criatura dejan huellas que infantilizan y fragilizan la mente. Pienso que el bebe cuenta con una pre-concepción no-pecho y que, de alguna manera, espera que la ausencia sea una experiencia que debe ser vivida en compañía de otros. Esta es una paradoja que tiene que ver con el hecho de que la criatura humana necesita metabolizar experiencias de ausencia y desamparo en presencia de otro que la reconozca y le transmita que es posible sobrevivir y recomponerse de este derrumbe psíquico cuando la mente se llena de muerte, desilusión e impotencia. Pienso que sólo con este encuentro es posible desarrollar un “sentimiento oceánico”, una capacidad de experimentarse con plenitud. Esto a su vez instituye la posibilidad de re-inventarse a-uno-mismo como expresión de la posibilidad, abierta al infinito, de renacer siendo uno mismo y no otro. Esta segunda paradoja es central en cualquier experiencia de cambio y transformación: la ausencia constituye una experiencia que debe ser vivida en presencia de otro para garantizar que uno pueda renacer siendo uno mismo.

Cada vez estoy más convencido de que la experiencia de la ausencia, de la pérdida, de la catástrofe aniquilante, recorre la médula de nuestra existencia a través del siempre temido apocalipsis interno y externo, a diferencia de S. Freud, quien consideraba que no existe registro de la muerte en nuestro inconsciente. El hecho de que un bebe pueda experimentar estas vivencias en forma acompañada, le permitiría conocer de cerca la experiencia de finitud y al mismo tiempo reconocer y apreciar que hay alguien que nos solventa la vida.

Sobrevivir a la experiencia de *desolación* en el vínculo con la madre es un hecho esencial en nuestra evolución como seres humanos. Conoceremos el límite de lo finito y podremos transformar nuestra avidez inmisericorde en un respeto y gratitud por la autonomía de la alteridad. El objeto sirve como acompañante

sin ser nuestra propiedad; no somos dueños de nada y estamos irreductiblemente solos ante el destino.

La experiencia de *desolación* bien vivida contribuye de manera decisiva al rompimiento de la simbiosis y a la adquisición de una autonomía saludable. Es la experiencia de dosificar la frustración al servicio del desarrollo, diría Winnicott.

Tengo la impresión de que esta experiencia es la que el poema musicaliza. Las palabras son siempre autorreferenciales y tratan de llenar y hacer comprensibles nuestros vacíos. El Ser, apegado a su objeto, busca siempre ser transformado y, en el caso de un objeto enfermo, a querer curarlo. Pero nadie puede curarse tratando de curar a otros. Esta vía solo conduce al desgaste y al odio. El esfuerzo de curación siempre debe ser un acto de nuestra individualidad.

Pienso que D. Winnicott experimenta una vivencia de *desolación* cuando su ser se reencuentra con la memoria de una ausencia esencial. La madre muerta no deja un vacío, deja un agujero lleno de una desesperanza paralizante. La madre desvitalizada, libidinalmente introvertida, absorta en su tristeza, obliga a su hijo a un movimiento desesperado que lo pre-maturiza asumiendo una responsabilidad que no le corresponde. En realidad, el movimiento psicológico tiene dos vías: revivir curando a la madre y al mismo tiempo protegerse del propio desamparo. Los dos son imprescindibles para garantizar una existencia y un sentido de movimiento y evolución.

Ahora bien, el sólo hecho de poder re-experimentar esta vivencia de *desolación* es sin duda un signo de salud e integración mental. Constituye la dosis necesaria de desesperanza y dolor con la cual vamos a lograr reaccionar de manera congruente y justificada ante las innumerables experiencias que involucran frustración y muerte; experiencias que la vida nos va a colocar por delante de manera inexorable.

“El Árbol” transmite de manera clara una también inevitable experiencia de estar frente a la infelicidad parcial de nuestros objetos. Infelicidad en la cultura, no por impulsos sexuales insatisfechos, sino por la huella de la ausencia en nuestra mente; huella que pone coto a nuestra omnipotencia. Esto es felizmente así, porque la perpetuación de la omnipotencia congela el devenir e imprime al deseo una coartada que lo atrapa en la fantasía grandiosa de un estado de permanente gratificación, anulando todo espacio y todo tiempo entre el momento que surge y el momento de su realización. En la omnipotencia no se desea porque lo-deseado-ya-se-tiene. Los deseos dejan de ser posibilidades inmersas en la incertidumbre, son órdenes que el mundo debe aceptar.

Pero en simultáneo, “el Árbol” habla de una tierra y una raíz, de un regazo y una identidad vivaz, como metáfora de algo que es imprescindible para vivir con un sentido de coherencia, de mismidad anclada a un cuerpo y con autenticidad, todo ello generado en el preciso instante en que la madre, con su empática presencia, devuelve la ilusión y la seguridad en el vivir. “*Reanimarla me daba vida*” (“darle vida era mi vida”, traduce de forma más poética la versión del libro de A. Phillips. *Winnicott D.W.*), poderlo sentir y decir constituye una evidencia de que hay una vida que en la vida puede florecer.

Cuando un niño ha sido sobreexpuesto a experiencias de frustración no aprenderá a vivir-con-otro. En las patologías graves es común observar cómo se aferran a su objeto (no solo a personas) para evitar caer en el desamparo psíquico. Esta forma de organizar sus vínculos otorga siempre a sus intercambios un carácter funcional y utilitario. Son personas que más que vivir, juegan a vivir. Simulan relacionarse con el otro, pero tratan de gobernarlo, de someterlo y manipularlo. Intentan paralizarlo, seducirlo, engrandecerlo, desmoralizarlo, inutilizarlo, engañarlo. Insisten en inducirlo al error, encandilarlo, excitarlo, desvitalizarlo, desesperanzarlo, es decir loquearlo. Son maniobras para asegurarse de no experimentar la desolación y el desamparo que la potencial autonomía moviliza. Su existencia será siempre organizada en forma dilemática de acuerdo a la lógica que el narcisismo no resuelto impone al ser. Juegan a vivir, y su juego es manipulativo.

La experiencia mental se congela, de modo que la comunicación se vuelve señuelo, estratagema, manipulación. Los afectados por esta experiencia “... no tratan de comunicarse sino de manejar el mundo según sus necesidades e impulsos, los que imponen de manera perentoria y sin capacidad de ser pospuestos. De allí que su comunicación sea utilitaria y sus vínculos frágiles, fusionantes e intensos, pero sin la profundidad que implica el construir algo con alguien. La estructura mental queda cristalizada, actúan como reptiles más que como mamíferos, sin capacidad lúdica, sin ternura y sin responsabilidad” (Scerpella, 2003).

Plantearme las cosas de esta manera me permite entender cómo en los trastornos graves de personalidad, donde el proceso de separación-individuación ha quedado inconcluso, la angustia tiene siempre una cualidad catastrófica, lo que hace que uno viva siempre en el desfiladero de la vida y la muerte; siempre con necesidad de algo o alguien para poder orientarse y encontrar tranquilidad, bienestar y seguridad. Semejan niños perpetuos que juegan a vivir porque su semilla no cayó en la tierra fértil en la cual enraizarse. En mi experiencia clínica con

pacientes severamente perturbados, esta es una sensación recurrente: no viven, solo controlan el existir para poder sobrevivir sin caer en el desamparo, para protegerse de la futilidad y el vacío existencial que la desolación no metabolizada les dejó en su interior.

Pedro

Hace poco tiempo tuve una experiencia analítica que a mi entender pone sobre el tapete vivencias relacionadas con el tema que vengo desarrollando. Ocurrió en una sesión con un paciente de 22 años de edad a quien atiendo hace más o menos dos años y que inició su tratamiento luego de un período de rehabilitación médica debido a un consumo desenfrenado de drogas. Inscrito en una perspectiva grandiosa, había comenzado a desorganizar su vida y su mente seriamente, hasta el punto de sufrir alucinaciones auditivas de tipo persecutorio.

Cuando llega a su sesión Pedro está bastante decaído. Nada más verlo cruzar el umbral de la puerta siento que la atmósfera se espesa, como si mi paciente cargase un aura pesada que yo podía sentir. Se echa al diván y después de un silencio no muy largo empieza a contarme con voz monocorde que si bien no experimentó una angustia paralizante ante sus exámenes, como solía ocurrirle, había sentido algo el fin de semana que lo dejó preocupado y con una desagradable sensación de vacío. Hay poca vida en su relato: “...*No sé por qué* —continúa diciendo— *pero de la nada X (su enamorada) empezó a caerme mal, le veía mil defectos, sus muecas, sus manías... era bronca, bronca hacia ella, quería que se vaya de mi casa, la quería botar... bien loco...*”. Mientras él hablaba me invadió un sopor muy intenso, que no combatí; comencé a tener sueño y creo que me dormí. De pronto, unas palabras de mi paciente me despiertan y me traen nuevamente a la sesión: “*Creo que tengo ganas de llorar... pero como sabes no puedo llorar delante de otra persona... no me siento conectado, vivo...*”. Le digo que él ya está llorando pero que si lo expresa teme no parar de llorar. “*Cuando lloro, lloro, lloro y lloro, pero siempre sólo y sin que nadie me vaya a escuchar*”. De allí en adelante Pedro explora experiencias y fantasías de pérdida y la sesión fluye con mayor vivacidad.

Al pensar en lo que había ocurrido en esta sesión y tratar de entender el letargo de mi paciente, letargo que yo también experimento, concluyo que en éste se ha activado una relación objetal internalizada, de valencia negativa y por lo tanto, escindida. Esta es una manifestación clínica de que ni su *self*, ni sus objetos, se encuentran integrados y Asimismo, un indicador de que no ha alcanzado

la constancia objetal. No existe en su mundo interior ni un objeto seguro y acompañante ni estructuras psíquicas construidas a partir de esa internalización que den sostén y contención emocional a su mente.

La violencia contra el objeto enamorada-madre-analista, luego de la interrupción del fin de semana, lo coloca en una situación de vacío, de desolación, de desierto oscuro, de parálisis, de cuerpo inerte. La voz que nos duerme parece una voz que no resuena en el instrumento musical de la mente, no hay cuerdas que vibren, no hay carne latiente, se trata sólo de un eco que nos viene de rebote de una quebrada rocosa, de una habitación lejana cuyos únicos enseres parecen ser el polvo y el aire. Es la presencia de la ausencia vivida como terror a la aniquilación y al desamparo desesperanzado.

En la sesión creo que se reactualiza un punto de máximo desencuentro y desconexión emocional, del cual felizmente algo emerge. Es un estado de desobjetalización que nos coloca a ambos en un letargo inevitable. La densidad de la atmósfera que yo experimento al inicio de la sesión representa el marasmo de los cementerios, la ausencia de un cordón umbilical psíquico a través del cual alimentar e interconectar dos mentes.

Yo no tenía sueño y no sé si el estado en el que entré se pueda llamar dormir. Creo que es la presencia más radical de la ausencia, es lo negro que veo mientras me adormezco, no hay imágenes. Es ausencia de padre y de madre que mi paciente debe de haber sentido muy hondamente en cada uno de esos incontables domingos en que despertaba y sus padres recién llegaban a dormir luego de una boleteada de fin de semana y en los cuales él trataba de no despertar para no confrontarse con la angustia de que sus padres aún no hubieran regresado.

Para los quince años su madre le preparó una fiesta con sus amigos que tenía como sorpresa central del festejo una torta cuyo ingrediente principal era la marihuana. Madre que alimenta con veneno, madre que quería compensar su ausencia permitiendo que mi paciente le succionara el pecho hasta los 7, 8 y quizá 9 años de edad; madre que transforma el encuentro pecho-boca como experiencia de comunión en acto parcial de cualidad masturbatoria. La torta de marihuana como metáfora de una vida sin leche, peor aún, signo de experiencias que sólo pueden dejar un horrendo vacío, un agujero en la mente, un agujero lleno de desolación. Estos agujeros son como los agujeros negros descubiertos por los astrónomos en las últimas décadas, es decir, en realidad no son agujeros en el sentido coloquial en que se usa el término, por el contrario, son fenómenos de una increíble densidad que devoran todo cuerpo celeste que se les acerque.

En el mundo de las emociones no existen agujeros vacíos, como el hueco en la red de un pescador, lo que sí es posible en el ámbito de la representación y simbolización.

El día que se celebra su nacimiento debe ser calco y copia del día en que nació. Estoy seguro que este evento, con quince años de por medio, puede ser registrado en una foto que tiene la misma imagen a pesar del tiempo transcurrido. Algo quedó congelado, algo que nos congela a su vez. No hay movimiento, no hay película, no hay narración que dé cuenta de lo sucedido; en todo caso la narración es solo una forma de preparar una torta de palabras que por muchas que pongamos nunca nos va a colmar.

En el mejor de los casos, las experiencias de *desolación*, de muerte psíquica, de desesperanza, de ausencia, sólo pueden ser cicatrizadas a través de la creación de espacios psíquicos que devuelvan la confianza en la posibilidad de tender puentes que anexas dos mentes, es decir espacios umbilicales donde se produzca el tránsito de una a otra como expresión única de vida humana que dé sostén y contención a nuestro ser primitivo.

La experiencia de las drogas en mi paciente constituía un mundo paralelo que él empezó a construir luego de la muerte de su abuelo, quien había sido su sostén emocional por largos periodos. Las drogas eran un mundo paralelo a la vida: embriagado, fumado, endurecido, empedado, todo en una envoltura de grandiosidad y omnipotencia, de eternidad oceánica. En ese mundo él se sentía querido, admirado y valorado, hasta que empezó a escuchar su nombre con terror en todos los lugares a los que asistía: "*Pedro, Pedro, Pedro...*". Era como si su existencia amenazada en su integridad, sólo pudiera ser reconocida por una parte de él que se preserva y se llama desde afuera, paradójicamente, como un resquicio de salud, expresado en la alucinación para llamarse y saber que aún había algo vivo en él, y que por suerte escapaba de él y del agujero negro de la desolación que lo inundaba. El mundo paralelo de la locura es imprescindible como recurso último de supervivencia psíquica, y constituye un espacio en el que podemos habitar sin que nos amenace lo que realmente nos amenaza y que siempre está dentro de nosotros.

Pedro termina su sesión hablando de la última vez que había llorado, llorado y llorado (como en el poema de Winnicott) y había fantaseado la muerte de su hermano. Un hermano a quien había cuidado desde muy pequeño, y no creo que —solamente— para no dañarlo con su odio. Pedro se cuidaba y se acompañaba a sí mismo cuando cuidaba a su hermano, por eso la fantasía de la muerte de

éste llevaba implícita su propia muerte... “*Si a él le pasa algo yo muero...*”. Estas dependencias extremas señalan vínculos humanos primarios y defensivos, donde el otro se hace cargo de mantener con vida anhelos, ilusiones y funciones mentales que en realidad les pertenecen pero que ha tenido que proteger en la mente de otra persona para que sobrevivan a la atracción gravitacional de sus agujeros negros llenos de desesperanza. El otro es depositario de nuestra posibilidad de sobrevivir y a él nos anexamos más que nos vinculamos. El crecimiento autónomo de estos pacientes se cristaliza y, si el objeto al cual se encuentran anexados como garantía de su supervivencia desaparece, ellos también desaparecen. Como plantea el propio Sigmund Freud, para la mente de un bebé, cuando la madre desaparece del radio de acción de sus sentidos, el objeto desaparece como si estuviera muerto. En estos pacientes la madre, como función mental, nunca apareció.

El hecho de que las vivencias de *desolación* puedan ser integradas depende primariamente de la experiencia de haber sido deseado y acogido por una pareja humana desde la concepción, al contrario de lo que le sucedió a Edipo, cuya existencia misma fue aborrecida. Edipo, concebido gracias a una maniobra perversa de su madre, quien embriaga a Layo para anestesiar su terror de ser asesinado por su hijo, crece como un niño adoptado al que se le oculta la verdad. Víctima de impulsos filicidas y sometido a designios ajenos y alienantes, no dista mucho de los pacientes que nos llegan a la consulta y que padecen de lo que hoy llamamos trastornos narcisistas. Estoy convencido que la condición de ser fruto de a dos es la garantía de que podamos vivir de forma auténtica y lúdica. Podemos jugar en la vida en serio, diríamos que vivir jugando. Solo si nos desearon de verdad podemos amarnos y pensarnos en serio. Jugar en serio en la vida es acceder a la posibilidad de tener gestos espontáneos en nuestros intercambios subjetivos con los demás y con nosotros mismos. Una productividad auténtica, libre y creativa constituye la antítesis del gesto calculado que nos pone siempre con un pie fuera de la vida. El arraigarse a la vida en el tiempo y al espacio es la manifestación de un hacer sustentado en el ser, como lo frasearía D. Winnicott (1986). Es el ser que se transmuta en hacer o mejor aún, el ser que se filtra y plasma en el hacer.

El gesto creativo es siempre sorpresivo, incluso para uno mismo, y en cada uno de ellos renacemos y fructificamos desde las llamas vivas de nuestro inconsciente, siendo nosotros mismos. En esta paradoja se sustenta el movimiento perpetuo de la vida y constituye la base desde la cual podemos modificarnos al infinito... como en el curso de un psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- Bouhsira, J., Durieux, M.C. (2005). *Winnicott Insólito*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas: Sigmund Freud*. Trad. López Ballesteros. T III. Madrid: Biblioteca Nueva (1974).
- Klein, M. (1969). *El sentimiento de soledad*. Buenos Aires: Ed. Horme.
- Phillips, A. (1997). *Winnicott, D.W.* Buenos Aires: Ed. Lugar Editorial.
- Scerpella, R. (1987). De la desolación al narcisismo. En *Revista del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima*. N° 1. Lima.
- _____. (2003). Vínculo y movilidad psíquica en la temprana infancia. En *Transiciones. Revista de la Asociación Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes*. N° 5, p 31. Lima.
- _____. (2013). El niño del carretel II. En *Psicoanálisis. Revista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis*. N° 11. Lima.
- Winnicott, D.W. (1963). El Miedo al Derrumbe. En *Exploraciones Psicoanalíticas*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- _____. (1980). *Juego y realidad*. Barcelona: Ed. Gedisa.

Resumen

El autor reflexiona sobre lo que ha llamado *desolación*, una experiencia emocional constituida básicamente por una vivencia de desesperanza e impotencia psíquica, y que a su entender, conforma uno de los polos que organiza al psiquismo. El otro polo es la fe, idea que D. Winnicott conceptualiza como ilusión. La *desolación* es el corolario intrapsíquico de la experiencia de desamparo, mientras que la fe lo es del socorro y el amparo. A través de un poema que D. Winnicott tituló “El Árbol”, ilustra esta vivencia en relación al impacto que la depresión materna deja en la mente de su bebe. Además, plantea que de no ser adecuadamente metabolizada, ésta afectará de manera grave el sentimiento de arraigo y pertenencia a la vida y por ende al respeto y reconocimiento de la alteridad.

Palabras clave: angustia catastrófica, desolación, fe, gesto espontáneo, narcisismo, simbiosis.

Abstract

The author reflects upon what he calls desolation, an emotional experience basically constituted of hopelessness and psychic impotence, that to his understanding, forms one of the poles that organizes the psyche. The other pole is faith, idea that D. Winnicott conceptualizes as illusion. The desolation is the intrapsychic correlation of the experience of helplessness, while faith is the correlation of relief and protection. Through a poem that D. Winnicott named “The Tree”, he

illustrates this experience in relation to the impact that maternal depression leaves in his baby's mind. Also, he states that if not properly metabolized, it will severely affect the feeling of having roots and life membership, and thus, respect and recognition of otherness.

Key words: *catastrophic anxiety, desolation, faith, spontaneous gesture, narcissism, symbiosis*